
SOBRE LA ESTRUCTURA PROFESIONAL

Existen suficientes razones para pensar que la reforma de la estructura profesional de los arquitectos es algo ineludible a corto plazo. Hoy estamos justamente en el punto en que, por un lado, comprendemos que esta reforma no llegará hasta el momento en que sean precisamente todos o un cierto número de profesionales quienes aclaren íntimamente sus posturas, y, por otro lado, estamos viendo también que la realidad palpable en que se desarrolla el trabajo de los arquitectos es cada día más adversa a éstos. Al observar sus competencias, sus gravámenes, intereses, su campo de acción, servidumbres y requisitos, está en el ánimo de todos la sensación de estar dejando de ser útiles socialmente, comunitariamente.

Claro es que no falta quien, sencillamente, piensa en que no corresponde a la actuación del arquitecto el resolver problemas comunitarios y sí el ceñirse a las proposiciones concretas que se le hacen, sin indagar su consistir. A este respecto, bien puede ser que en el próximo futuro pueda darse una clase de arquitectos al servicio de un interés particular, al servicio de los orgullos individuales; arquitectos que transmitan ideas de poder, de singularidad o distinción, y otros cuyo campo de actuación sea, más ampliamente, la resolución o investigación de las condiciones en que se desarrolle la vida de los humanos, un tipo de profesionales preocupados por la planificación del entorno físico del hombre.

Aunque aludía anteriormente a la urgencia de un cambio en la estructura profesional de los arquitectos, más lógico sería referirse a la urgencia de un cambio en estructura mental de los arquitectos como grupo. Es previo a la estructuración profesional. La urgencia está justificada por la necesidad de esfuerzo conjunto de la humanidad, de distribución de las fuentes de energía entre todos los humanos.

No existe necesidad, sin embargo, de edificios transmisores de tal o cual idea del signo que fuere a través de su piel, de sus formas o de sus dimensiones. No se puede pensar en promover más justos conceptos a través de cuestiones de lenguaje o semántica, puesto que éstos actúan sobre material excedente a la proposición del edificio, sobre material de dispendio. Cuando se construye, añadiéndola, tal o cuál forma con cualquier fin, más que

considerar la forma conseguida hay que pensar en otras dimensiones inherentes a la utilización del material: su precio, las horas necesarias para colocarlo, el transporte del material, el trabajo de las máquinas en la fábrica, etc. Construir es proporcionar todas estas energías. Se construye con horas, con transportes, con rodamientos de móviles. Un ladrillo no es solamente un volumen de material cerámico dotado de una cierta forma, es también una unidad energética, económica, de la que se podrían evaluar muchos parámetros relacionados con otras industrias diferentes a la construcción, con horas, con distancias, con temperaturas, etc. Actuar nada más sobre la forma es deformar o ignorar la significación general de tal acto.

A esta comunicación energética nos referíamos cuando hablábamos de la tarea de un futuro arquitecto planificador del entorno físico del hombre.

La conciencia de tal necesidad, la aceptación de las responsabilidades solidarias por el arquitecto y la renuncia a su actual significación en la sociedad, comportan necesariamente un cambio en su estructura profesional.

A tal respecto, y defendiendo la vitalidad de la asociación de los técnicos del entorno físico, Buckminster Fuller descubría sutilmente la actuación de otro grupo científico: los "técnicos corporales", es decir, los médicos. Descubría su forma de actuar en su reciente historia y sacaba ejemplo para la forma de actuar de los "técnicos extracorporales", los técnicos del diseño del entorno físico.

"Al decir esto—comenta Fuller al referirse a la competencia de los médicos—me refiero a los científicos de la medicina propiamente dichos, a quienes no debe confundirse con los profesionales organizados en grupos de presión política, grupos surgidos en esta época de gobiernos en masa y de corporaciones multitudinarias para explotar las vulnerables necesidades espirituales de diversas categorías de especialistas profundamente dedicados a su profesión... Los verdaderos médicos no rivalizan económicamente entre sí. Aunque hasta ahora los médicos siempre han contado con un exceso de trabajo en relación con su número, y probablemente esta situación subsistirá durante algún tiempo, si la

sociedad mundial llegara a estar tan bien organizada y a gozar tan buena salud que los médicos ya no fueran necesarios, nadie se sentiría por estos hechos tan feliz como los mismos médicos.

"Hace tiempo ya que los médicos aprendieron: primero, que sabían peligrosamente poco acerca de su propia ocupación; segundo, que sus clientes estaban incapacitados para autodiagnosticarse debidamente; tercero, que por lo general los clientes reclamaban sus servicios cuando sus enfermedades ya habían alcanzado un punto crítico, reduciéndose de este modo sus posibilidades de curación.

"En un principio individualmente, y más tarde en forma colectiva, los médicos resolvieron enfrentar en forma realista las tres lecciones que habían aprendido. Se dieron cuenta de que para lograrlo con eficacia debían ocuparse de los problemas de la salud humana en sus propios términos y sin esperar a recibir órdenes de sus protectores y patrones para entregarse a la tarea.

"A fin de eludir los obstáculos evidentes impuestos por la ignorancia, los dogmas sociales y religiosos, las sospechas y las supersticiones, los médicos crearon y financiaron por sí mismos las fundaciones médicas sin recurrir a la ayuda económica externa o al apoyo de las autoridades. Trabajando en forma científica, buscaron las pautas y relaciones generales contenidas en la mirada de variedades representada por las experiencias y datos extraídos de los casos especiales que caracterizan a cada historia clínica.

"Como generalistas, los médicos trabajaron con el caudal suministrado por toda la humanidad sin hacer distinciones de raza, credo, color, posición social, situación geográfica y condición política o económica. Muy pronto descubrieron que todos los hombres eran iguales debajo de la piel.

"Sumando sus fuerzas, y enfrentándose con horizontes de experiencia cada vez más amplios, realizaron estudios científicos sobre los esquemas configurativos de los síntomas y las circunstancias de las distintas enfermedades, y rápidamente descubrieron no sólo una multitud invisible de enemigos y de amigos del hombre, sino también la estructura general de la estrategia y las tácticas de sus acciones. Los científicos de la medicina convirtieron paulatinamen-



WONDER WHAT THE PR BOYS WILL COME UP WITH IF THE RIBA DOES USE THEM TO CHANGE THE ARCHITECT'S PUBLIC IMAGE ...

Hellman

En esta página, comentarios críticos de la prensa profesional inglesa sobre el tema de la actuación arquitectónica. Dibujos de Hellman en *Architectural Journal*.

te sus victorias cada vez más frecuentes y el creciente crédito económico derivado de estas estregias médicas y sanitarias preventivas e integrales que redujeron enormemente los casos tanto de enfermedades mortales como de aquellas menos peligrosas para el hombre.

“Una vez que los médicos dejaron establecido un amplio bagaje de conocimientos generalizados y técnicas objetivas adecuadas para manejar dichos conocimientos, pasaron a desarrollar una segunda etapa: la de la especialización cooperativa, trabajando como si formaran un ejército disciplinado compuesto por expertos en casos clínicos especiales, disciplina en la cual se mantuvieron firmemente unidos gracias al adiestramiento básico que habían alcanzado como generalistas; de este modo pudieron abarcar no sólo un territorio mucho más vasto, sino también desarrollar un grado de eficacia mucho mayor.”

Los arquitectos hoy, como ayer los médicos, sabemos excesivamente poco acerca de nuestra ocupación. Difícilmente se podría, con verdad, hacer un esquema, por somero que fuese, de cuáles son las tareas que conciernen al arquitecto en la actualidad. Si se piensa en que resuelve los problemas ocupacionales de las comunidades, la realidad rebate inmediatamente la idea. Es sabido que en la mayoría de los casos las urbanizaciones surgen a expensas no de las verdaderas necesidades habitacionales, ni de las tramas de utilización de recursos, ni de las posibilidades industriales de los pueblos, sino más bien de posturas de principio sostenidas por las ideologías y postulados políticos, financieros y comerciales, que son quienes dictaminan el sentido y la ocasión de tales utilizations de recursos, de tales necesidades de habitación, dejando a un lado el sentido directo de la mejor y mayor distribución de la riqueza en el planeta. La verdad es que por ahora el arquitecto continúa a su disposición.

Por otra parte, también se podría pensar en que la arquitectura configura una “cultura de uso” que dirige un cierto tipo de actitud en los humanos. Pero es también claro que esa “cultura del uso” está hoy dirigida fundamentalmente a través de la información y de los técnicos de mercado. Hoy aún la vivienda es fija y eterna, porque el suelo vale más que los materiales necesarios

para construirla. De ella podremos cambiar, y debemos hacerlo cada año, los artefactos de la cocina y algunos muebles aislados.

A pesar de ello, los arquitectos continuamos actuando en forma aislada, ciegamente. Se confeccionan ordenanzas para la utilización del suelo en un cierta zona sin pensar en que un determinado fenómeno, no registrable en normas urbanísticas, deformará el trazado, inutilizándolo hasta congestionarlo o vaciarlo. Lo mismo que al construir, al urbanizar es difícil pensar en abstracto: al igual que un cierto material no se puede separar de unas ciertas “cantidades energéticas” inherentes, es difícil separar también una urbanización y sus normas de otras “cantidades” que les dan sentido: las relaciones territoriales, los movimientos de la industria, la explotación de sus recursos y su distribución, el futuro previsible para todos estos parámetros y la reorganización conjunta, integral, en suma, de las disponibilidades.

Es lógico, pues, pensar en que, ante tal situación, el próximo futuro será el de los profesionales interesados por el estudio integral de la ecología humana, por resolver los problemas del entorno físico del hombre, ya se llamen arquitectos o no.

Quedan evidentes en nuestra estructura profesional los fallos provenientes de semejante alejamiento de la realidad. Es asimismo evidente e incluso grotesco el panorama de la distanciación en la estructura educacional. La Escuela de Arquitectura será, necesariamente, el lugar de las desavenencias entre realidad y ficción. Es posible pensar en que una gran cantidad de arquitectos pueda haber sido ilustrada al margen de las condiciones reales en que se desarrollará su actividad profesional, pero es asimismo lógico pensar en que la realidad de sus experiencias se ha de resolver contra su propia etapa educacional. Y, necesariamente, esto no ocurrirá por mucho tiempo. Indudablemente, la enseñanza habrá de manifestarse por cuanto de útil es posible hacer y definirse en contra de una actuación profesional en muchos casos insolidaria, pero siempre definiendo sus métodos con relación a las posibilidades de moralidad profesional existentes.

Únicamente cuando existe la conciencia de la inutilidad de una cierta empresa (en este caso la empresa de la educación de arquitectura y, por extensión, la empresa profesional arquitectónica

Dos comentarios críticos de la estructura profesional, de Hellman, en A. J. Referentes, respectivamente, a un concurso para diseños de trajes de obra y otro a la intervención de los arquitectos para mejorar las condiciones de los usuarios: diseñando a éstos respecto a los edificios.

en sus condiciones actuales) puede explicarse el hecho de que quienes se preparan para tal actividad encuentren semejantes desavenencias entre lo que les fue enseñado y su campo de actuación real. Diferencias entre los procedimientos utilizados en la escuela y los utilizados después en el desarrollo de la profesión. Distancias entre los propósitos mantenidos en la etapa de formación y el cambio de táctica necesario en la vida profesional. Distancias entre universidad y realidad.

Al otro extremo del juego, en el último septiembre una comisión de delegados de todo el mundo asistió a unas reuniones de la U.N.E.S.C.O. con el fin de establecer "las bases científicas de una conservación y de una utilización racional de los recursos de la biosfera", y próximamente se celebrará, al parecer, una conferencia de las Naciones Unidas para insistir en el mismo problema. Comentando la actualidad, John Davy escribía: "Las conferencias de este tipo tienen como efecto inmediato crear plazas de mecánografas bien remuneradas y engendrar montañas de papelorios. Pero también tienen efectos menos tangibles y más positivos: contribuyen a crear un estado de opinión que ayuda a quienes intentan persuadir a sus Gobiernos de que tomen estos problemas en serio y permiten amasar una enorme cantidad de informaciones que, si bien frecuentemente se traducen en una prosa ilegible, tienen, por su mismo volumen, un efecto moderador.

"Lo que hay que considerar es el conjunto—insistía Davy—. El ingeniero en hidráulica, sobre que los problemas que se plantearán dentro de diez años son difíciles, pero verosímilmente solucionables. El agrónomo ve una oportunidad de aumentar la producción, lo que permitirá evitar el "hambrientamiento" masivo de la próxima generación. Los urbanistas esperan poder resolver pronto el problema de las cloacas. Pero sólo cuando se hayan examinado todos estos problemas y muchos más en conjunto podrá tomar un sentido el esfuerzo para hacer habitable nuestro planeta."

El cambio de táctica ha de ser el resultado de la voluntaria decisión por los arquitectos de convertirse en nuevos profesionales, de la elección de ser útiles, de convertirse en un unido grupo capaz de marcar sus normas de actuación conforme a una determinada moral situacionista.

